

335 A 5

QUADERNI « C. I. S. »

II

PEDRO ARRUPE

Praep. Gen. Soc. Iesu

CONFERENTIAE, HOMILIAE, COLLOQUIA

1970



Centrum Ignatianum Spiritualitatis

Casella Postale 9048

00100 ROMA (Italia)

1971

Viaje a España:

DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO
(Deusto, mayo 1970)

Mis primeras palabras, en esta visita a la Universidad de la Iglesia de Deusto, han de ser obligadamente un saludo cordial a cuantos con vuestro trabajo profesoral, vuestra solidaridad, vuestra colaboración económica o social, vuestra adhesión en cualquiera forma se manifieste, y vuestra simpatía o vuestras críticas, compartís o coadyuváis a las tareas de esta querida Universidad de Deusto. Sin olvidar en este saludo, a vosotros, alumnos actuales de la Universidad que juntamente con vuestros profesores, tratáis de realizar la misión universitaria.

Mi saludo y mi agradecimiento a todos vosotros, Claustro de Profesores, Patronato de la Universidad, Asociación de Antiguos Alumnos, y demás colaboradores en el múltiple quehacer de esta Casa, por vuestros trabajos, preocupaciones y desvelos. Mi agradecimiento en nombre de la Compañía de Jesús, a la que la Santa Sede ha encomendado esta universidad y a la que en este momento representa.

Y también mi saludo al Excmo. Sr. Rector y representantes de la Universidad de Bilbao, que juntamente con esta Universidad de la Iglesia trabaja en el campo intelectual de la juventud de Bilbao. A ella, como partícipe en común tarea, saludamos cordialmente en un sincero deseo de inteligencia y colaboración para el bien de nuestra Villa y de la Patria.

Y un cordial saludo para vos, mi querido profesor Savatier, a quien ha sido para mí un honor y una satisfacción íntima investiros como doctor "honoris causa" de esta Universidad de la Iglesia. En vos, ella y yo, hemos querido honrar al hombre de ciencia, al ilustre jurista, que ha sabido unir en sí el profundo conocimiento del Derecho, en especial del Derecho Privado; la entrega sincera y sin reservas a la misión docente; la comunicación de su saber a través de múltiples publicaciones y un auténtico sentido humano y cristiano de la vida, del deber profesional y ciudadano. Soy consciente, mi querido profesor, de los múltiples galardones con que habéis sido honrado. Sois doctor "honoris causa" por diversas universidades. Hoy, yo os ruego que veais en este acto, no sólo la justicia del reconocimiento de vuestra labor, sino la cordialidad que ponemos en él, y quizás, el recuerdo nostálgico de quienes, hermanos nuestros, fueron vuestros primeros mentores en el campo del saber. Mi querido profesor, enhorabuena y muchas gracias.

1. Desde los comienzos de la Compañía adivinó San Ignacio la transcendencia de la alta formación universitaria. Su misma obra, la Compañía de Jesús, se lo demostraba.

Sus ideales primitivos le hicieron esperar para el futuro de la Compañía candidatos, que fueran ya hombres maduros, de la talla humana, espiritual y cultural de sus propios compañeros. Pronto comprobó que no era previsible contar para el futuro con hombres así. La propia Institución debía preparárselos.

Por otra parte, la constitución interna de la Compañía, trazada en las Constituciones, está basada en hombres más que en estructuras; la prudentísima a-historicidad y el desarraigo local que marcan las Constituciones, base de la perennidad de la Compañía,

requiere, en vivo contraste, hombres históricos, encarnados en la realidad concreta, los cuales darán a la Compañía el sentido misionero preciso de cada momento y de cada lugar. Estos hombres de gobierno y acción debían ser formados. San Ignacio cuenta en su institución con hombres, más que con estructuras fijas y terminadas.

En las Constituciones se fundamenta así la aceptación de Universidades: "Por la misma razón de caridad con que se aceptan Colegios, y se tienen en ellos escuelas públicas para la edificación en doctrina y vida no solamente de los Nuestros, pero aún más de los de fuera de la Compañía, se podrá ella extender a tomar assumpto de Universidades, en las cuales se estienda más universalmente este fruto, así en las facultades que se enseñan como en la gente que concurre, y grados que se dan para en otras partes con auctoridad poder enseñar lo que en éstas bien aprendieren a gloria de Dios nuestro Señor". (P.IV, c.11, n.1).

Por mano de San Francisco de Borja llegó la primera Universidad de la Compañía. Precisamente fue erigida en Gandía, en 1547, con la Bula "Copiosus in misericordia" de Paulo III.

2. Desde aquellas fechas hasta hoy ha continuado la Compañía su tradición universitaria. Pasan de 50 las Universidades que en la actualidad dirige. Reconocemos las dificultades cada día mayores para llevarlas adelante. Una adecuada respuesta a las exigencias de los tiempos requiere un rápido desarrollo. La evolución moderna las hace salir paulatinamente de nuestras manos; y vamos perdiendo el control de ellas; muy gustosamente las dejamos en otras, pues realmente no suelen ser tan "ajenas"; a condición de que desarrollen la obra humana y cristiana con el tiempo habremos de traspasarlas a otras manos, las creamos con entusiasmo, con la

esperanza de que otros sabrán luego confirmar y perfeccionar la obra audazmente iniciada. Esta previsión no es argumento decisivo para no comenzar.

Aún así, a frecuentes peticiones que nos llegan de apertura de nuevas Universidades -especialmente en zonas en que no pueden valerse por sus propios medios- nos vemos obligados a responder, con dolor, en la máxima parte de los casos, que nos es imposible satisfacer sus deseos.

Sólo podremos lograrlo, si contamos con un equipo eficaz de profesores seculares, que, voluntariamente, quisieran colaborar con nosotros -tal vez, mejor formulando, con los que muy gustosamente colaboraríamos- en esa obra básica para el progreso de los pueblos.

3. Esta Universidad de Deusto va siguiendo la línea de expansión trazada por los tiempos y las circunstancias. A principios de siglo contaban con 300 alumnos. Cuando la Santa Sede la erigió en Universidad de la Iglesia y como tal fue reconocida por el Estado español, era doble el número de alumnos: 670. Hoy han quedado rebasados todos los cálculos, ya que esta Universidad totaliza 5,500 alumnos, de los que unos 4,000 son propiamente universitarios.

4. En el momento histórico en que vivimos, la Universidad tiene una misión crítica.

La Universidad ha desarrollado con los investigadores formados en ella y en sus laboratorios las ciencias de la naturaleza. El hombre, con estos descubrimientos, poco a poco se adueña del mundo, y apenas podemos sospechar los límites a que este dominio de la naturaleza puede llegar.

Pero a la vez, estas conquistas científicas han impuesto un nuevo modo de ser al hombre moderno. Somos conscientes de que se abren las puertas hacia una nueva era de la humanidad. La tecnificación transforma profundamente la vida del hombre. Estamos ya bajo el mando de las computadoras electrónicas. Ellas calculan, ellas deciden y ellas nos dictan las normas. Paulatinamente, a la medida en que sean programables mil otros procesos de decisiones humanas, que hoy todavía se escapan a la máquina, nos encontraremos atrapados en las manos de una gigantesca tecnología, que terminará deshumanizando lo más íntimo del hombre, que es su capacidad de decisión, esto es, su libertad, su personalidad.

Tal vez ni las computadoras son ya capaces de seguir la trayectoria que lleva la historia. El ritmo de su curso se acelera tan rápidamente, que los hombres, desconcertados por la velocidad con que se presenta lo imprevisto, parecemos haber perdido el control de nuestros movimientos. No sabemos medirlos; ni calcular si su sentido es o no convergente en un futuro inmediato. Por algo nuestra sociedad, despavorida ante la incertidumbre del porvenir, transformada en los giros de un torbellino alucinante, funda Institutos de futurología; pretende atisbar el porvenir y dominarlo para vivir en él racional o humanamente.

Necesitamos como nunca reflexión. Necesitamos situarnos sobre los movimientos de la historia, adivinar su sentido, dominarlo y dirigirlo. Aspiramos, si no queremos renunciar a nuestra dignidad de personas capaces de tomar decisiones, a ser nosotros quienes dirigamos la historia; y a no dejarnos arrastrar inconscientes por ella.

5. Si en este ambiente miramos concretamente a esta Universidad de Deusto, la vemos excepcionalmente dotada para realizar esta reflexión histórica.

Cuenta con Facultades que la ponen de inmediato en contacto con el acontecer humano, como son las de Derecho con sus varias ramificaciones, y de Ciencias Económicas; como entrelazándolas entre sí y acercándolas a los hechos, está el Instituto de Ciencias sociales.

Pero cuenta además con dos Facultades especialmente capacitadas para esa reflexión tan necesaria en nuestro momento histórico: la Facultad de Filosofía y la Facultad de Teología.

Ambas a dos, desde ángulos no contrapuestos sino complementarios, desde alturas que permiten una visión global de lo inmediato y de lo móvil, contemplan al hombre en sus movimientos dentro del curso de los tiempos; su actitud expectante no es contemplativa, sino activa, para comprender los sucesos, ahondar en su sentido, interpretarlas, valorarlas, tal vez rectificarlas y en todo caso elevarlas a la categoría de acontecimientos responsabilizados por el hombre que las pone y al que van destinadas. La reflexión humana y cristiana sobre una historia acelerada, es la que en estos momentos transcendentales debe orientarnos sobre el ser y el sentido de los hechos, de su devenir y del hombre que los vive y anuncia.

6. En estos momentos se plantea como absoluta la exigencia de que toda Universidad se supere a sí misma; de otro modo se verá superada y desbordada por las tareas que el avance de la cultura acumula sobre ella, y no encontrará lugar propio entre los hombres de hoy: así no podrá sobrevivir y será una estrella muerta.

a) Entre sus tareas está el campo específico de la investigación. Hoy predomina la investigación científica de la naturaleza, y el fruto de ella son los grandes avances que nuestros días miran con sorpresa.

Pero no basta: ni siquiera basta la investigación sociológica, que trata de ordenar y clasificar con métodos inductivos o estadísticos las varias zonas de la actividad humana, bien sea individualizada, bien constituida en grupo.

Hay que ir más allá, y en esto ha de consistir específicamente esa reflexión a que anteriormente me refería.

Hay que llegar hasta las profundidades de este ser extraño "sujeto de contradicciones", "gloria y vergüenza del universo", de este hombre que "sobrepasa infinitamente al hombre" (Pascal). El fenómeno humano debe centrar la investigación reflexiva.

Así ascendemos al campo absoluto de las ideologías. Aun en un mundo tan positivo como el nuestro, siguen prevaleciendo las ideologías. El mundo está dirigido por las ideas. Quien domina el campo de las ideas ese domina el acontecer humano.

Apunto aquí al campo amplísimo que el acontecer humano, con su abanico indefinido de eventos, ofrece a la reflexión científica, sea filosófica, sea teológica, de la que han de resultar los grandes principios interpretativos y directivos de nuestra presencia en la historia.

En este momento debo mencionar el estudio espléndido que esta misma Universidad acaba de realizar sobre la "Riqueza Nacional de España": magna conmemoración de cinco volúmenes, uno por cada decenio de la Universidad Comercial. Muy meritorio el resultado obtenido; pero diría que tras estos datos científicos, a nivel económico y estadístico, debe continuar la reflexión humana y cristiana, hasta inspirar a esas riquezas y a su distribución el coeficiente valorativo, humano y espiritual, en orden a que esa riqueza cumpla la misión a que está destinada.

b) El campo de la cultura está ahora dominado por la investigación científica, la que llamamos de "ciencias". Diré, con todo, que la misión fundamental de la Universidad reside más allá de lo físico, en el hombre mismo, en la propia formación del hombre.

Sería importante un recorrido de las Constituciones, especialmente, en su parte IV, para en ellas descubrir la idea universitaria de San Ignacio. Sirvan algunas indicaciones.

Esta parte IV contiene los principios y los elementos fundamentales para las Universidades de la Compañía (Const. IV, c. 12, 2; c.4, 23; c.13, n.2 A; c.14, n.1B) con miras a una formación completa del hombre, que abarque su constitución física (P.III, c.2, n. 4 D), sus cualidades intelectuales a través de los períodos de gramática, filosofía y teología (P.IV, c.12, 13, 14, 15); debía perfeccionarse con el "modus proponendi doctrinam", a lo que contribuye en gran manera la formación humanística y estética (Cfr. carta de Polanco a Laínez, 21 de mayo de 1547). Ignacio inculca, como es obvio, la formación moral (P.IV, c.16, n.1). San Ignacio buscó información la más completa posible en Universidades como Valencia, Salamanca, Coimbra, París, Alcalá, Lovaina, Colonia, Bolonia, para así trazar las líneas de un primer reglamento de Universidades para la Compañía. Su reglamentación, con todo, no resultó rígida, sino flexible y adaptable (P.IV, c.12, n.2; c.4, n.2 A; c.14, n.1 B). Los estudios reclaman "al hombre entero" (P.IV, c.4, n.3); los Maestros deben poner el mayor interés en la formación completa del hombre (P.IV, c.16, n.1; c.6, n.6, n.15; c.7, n.2, etc). La actividad del alumno encuentra su cauce en múltiples ejercicios "al modo de París" (carta a Araoz 1 Dic. 1551); lo que presupone en él la decisión de ser "muy de veras estudiante" (P.IV, c.6, n.2; c.4, n.2; c.5,

n.1, n.2 C D). Ignacio fue uno de los grandes promotores de la democratización de la Universidad; mientras otros grandes educadores como Vergerius, Eneas, Silvius, Piccolomini, Erasmo, etc., pensaban en una educación selectiva dirigida a los nobles o a los príncipes; Ignacio pensaba en una educación libre impartida a cuantos fueran capaces de recibirla; la selección habría de ser hecha según capacidades personales.

Hoy estamos preocupados con problemas similares. Estamos convencidos de que la convivencia humana debe cambiar; y que debe ser reestructurada en forma apropiada a las exigencias de la condición humana. Estamos convencidos, igualmente, de que la historia humana camina con toda rapidez hacia un mundo nuevo, tan nuevo que apenas acertamos a conjeturar las líneas fundamentales de su arquitectura social. Ante la oscuridad del futuro nos es difícil crear hoy instituciones que respondan a lo que el futuro ha de exigir. Pero podemos avanzar por un camino cierto. Formemos hombres. Estos hombres que hoy formamos, si acertamos a darles una creatividad profunda ante las nuevas emergencias, serán los que mañana podrán crear las instituciones que ese mañana, incierto hoy y oscuro para nosotros, demandará de ellos imperiosamente. El hombre es el agente fundamental de la historia; él la debe dominar y dirigir. Pero debe estar preparado para ello. La Universidad debe formar ese hombre del futuro capaz de orientar y dirigir el porvenir.

Los jóvenes de hoy presentan ante el formador numerosos problemas. En realidad, en el joven universitario de hoy ha nacido ya el hombre del mañana.

El educando de hoy ofrece al educador una materia muy activa que formar. No es materia inerte. La juventud aporta en sí una carga dinámica de elementos nuevos; ella debe comunicarnos cómo

reacciona ante lo que nosotros hacemos con ella. La educación es un continuo diálogo de actitudes y comportamientos, que educador y educando adoptan sucesivamente como acción y reacción de sus mutuos influjos.

La juventud de hoy da un "no" absoluto irracional, pero intuitivo a la totalidad de la cultura actual. No sabe ni puede elaborar las soluciones positivas; pero nos ayuda a reflexionar sobre lo que ya no va; debemos buscar luego en diálogo las soluciones concretas.

Este inconformismo de nuestra juventud no es simple capricho. Lo que pasa es que la propia historia se distorsiona en la actualidad, porque ya no se acepta a sí misma. Distorsionada, cruje; y se expresa por las palabras y actitudes de la juventud contestataria. A nosotros nos toca intuir e interpretar estos signos. Nuestro mayor error será el de menospreciar lo que del futuro nos revelan los signos que se encienden y se apagan en estos jóvenes desagradables a veces y hasta agresivos.

Ninguna misión más profunda y digna para la Universidad que esta de formar hombres. Hoy esa misión tiene una fórmula nueva: preparar los hombres del futuro, de un futuro desconocido que se nos revela como distinto de este presente que estamos viviendo y de ese pasado con el que nos habíamos conformado, tal vez enorgullecido.

c) La Universidad, ulteriormente, debe encontrar su misión inmediata y directa en la propia sociedad en que ha sido erigida. La Universidad es un servicio.

Hay una dialéctica maravillosa entre la sociedad y la Universidad.

En una primera instancia la Universidad nace de la propia sociedad, entre los dolores de una problemática inagotable para su estudio o solución: la sociedad, la pone en vida pero con las raíces bien metidas en sus propias entrañas; de ellas se alimenta, pues de ellas recibe las tareas que debe realizar.

Entonces la Universidad, en una segunda instancia, se envuelve en lo absoluto de la ciencia, para entenderse, según una técnica y una metodología, con los problemas que han germinado en la sociedad o con los que ésta violentamente, y como a presión, le ha presentado en la erupción de los tiempos.

Pero la Universidad no puede quedarse en absoluto intemporal, deshistorizado; en una tercera instancia se reencarna de nuevo; ahora, para aportar las soluciones obtenidas en su reflexión científica. Así en esta dialéctica de encarnación, deshistorización y reencarnación circulan problemas y soluciones circuito abierto a la incidencia de los tiempos. Así es cómo la Universidad cumple su misión específica en cada sociedad.

Nuestra sociedad, evidentemente, está en un período activo de problematización. La Iglesia ha señalado su censura sobre muchas instituciones de la vida social contemporánea. Ha pesado y denunciado los desequilibrios existentes entre países y dentro de los estratos de cada país; nos ha hablado de injusticias sociales y políticas; ha hecho referencias continuas a la dignidad del hombre, quien es principio, norma y fin de la sociedad.

Nuestro mundo cree que el progreso de los pueblos se obtiene y valora en función de la economía y del bienestar.

Pero una reflexión cristiana nos habla del sentido transcendental del hombre como normativo del bienestar actual; nos habla de las riquezas y de su justa distribución dentro de cada país y en el conjunto de la humanidad; nos habla de las instituciones políticas y laborales en que los ciudadanos deben tener una justa participación con una representación libre de todo género de opresiones.

El cristianismo reconoce el valor de la economía y exalta el valor del trabajo humano; pero a la vez nos habla de una justa distribución de la riqueza; del trabajo como fuente de dignificación del hombre, el cual debe participar plenamente en los frutos de su propio trabajo.

El cristianismo reclama para el ciudadano participación en la gestión del bien común; y exige para él una información completa y veraz como para que pueda tomar decisiones responsables.

El cristianismo estima como valor para su propia encarnación histórica el de la cultura humana, exige una participación de todos los ciudadanos con independencia de su situación económica y social en los bienes culturales de un país, primariamente en los medios de educación y formación; la reflexión cristiana no reconoce como justa una discriminación que selige los hombres directivos de un país a partir de su status económico; ya que sería este "status" el que originariamente concediera las posibilidades formativas requeridas para un dirigente de la política o de la economía.

Una Universidad viva no puede alimentar su temática en meras bibliografías teóricas; no puede conformarse con repetir en sus lecciones, año tras año, lo mismo, mientras la sociedad en que vive, evoluciona vertiginosamente y plantea a cada paso nuevos problemas

o modifica sustancialmente los planteamientos anteriores. Es cierto que las soluciones deben ser estudiadas y decididas en la alta esfera de la ciencia; pero la Universidad debe reencarnarse en la realidad viva auscultada en las entrañas de la sociedad en que vive.

7. Voy a permitirme hacer una observación que tal vez puede interesar a esta Universidad de Deusto. Se encuentra ella arraigada en el centro de una región que se ha distinguido por su enorme dinamismo, que la ha llevado a un desarrollo económico y social superior, como promedio, a la mayoría de las regiones de España. Esta Universidad debe estar arraigada en esta región, pero no debe dejarse atrapar por el formidable dinamismo, por la fuerza de la economía e industria de este país; reduciendo entonces sus aportaciones universitarias a un marco de problemas que reduce y empequeñece la universalidad característica de una Universidad. Aun mirada en sí misma la región, quedaría falseado el planeamiento técnico y científico de sus problemas: en un mundo en el que la interdependencia universal es ya condición de nuestro modo de vida, el enmarcar los problemas en el área de un país o de una región es, no ya recortar y reducir el contenido de los problemas, sino desenfocarlos, cuando no sencillamente falsearlos. Los datos locales de los grandes problemas no deben oprimir el aliento científico de una Universidad; al contrario, deben ser integrados en el cuadro total de los problemas y ayudar a su estimación real. Esta Universidad, aun considerada en su marco interior de la Compañía, pertenece a una red de más de 50 unidades extendida por todo el mundo. Entonces, los datos locales adquieren el valor de una información sociológica universal.

En la gravedad del momento actual la Universidad tiene una misión decisiva. Desde luego para la región y el país en que arraiga, pero incluso para la sociedad humana, pues la interdependencia

atañe no sólo al planteamiento de los problemas, sino también a sus soluciones: una solución descubierta aquí será sin duda luz, más o menos intensa, para orientar soluciones de otras partes.

Hace no muchos días, el 15 de marzo de este año, el Papa Pablo VI recordaba en una carta al Rector Magnífico de la Universidad del Sacro Cuore de Milán, estas grandes directrices del Concilio: "La Universidad Católica debe ejercer una presencia por así decirlo, pública, contante y universal del pensamiento cristiano en todo el esfuerzo dedicado a promover la cultura superior; y además debe formar a todos sus alumnos de suerte que ellos lleguen a ser hombres verdaderamente distinguidos por su saber, dispuestos a desarrollar tareas responsables en la sociedad y a dar testimonio de su fe ante el mundo". Por mi parte recojo también la advertencia del Concilio de que las Universidades Católicas deben sobresalir no por su número "sino por el prestigio de la doctrina; que su acceso esté abierto a los alumnos que ofrezcan mayores esperanzas, aunque de escasa fortuna, sobre todo a los que vienen de naciones recién creadas". (Gravissimum Educationis, n.10, BAC págs. 720-21).

Bien veo los esfuerzos de Deusto para responder a las exigencias de la Iglesia y de la sociedad en estos momentos tan críticos. Debe reorganizarse de modo que sea una verdadera "Universidad", en el sentido histórico de la palabra, universidad de profesores y alumnos. O como ha dicho recientemente la Congregación para la Educación Católica al trazar las normas generales para las Universidades, y al establecer el principio de la participación orgánica de todos en la vida interna de la Universidad: "La Universidad o la Facultad es una comunidad; por ello es menester que todos y cada uno, según su capacidad, aporten afanosamente su colaboración para lograr el fin

propio de la Universidad o Facultad; deben por ello hacerse conscientes de este deber suyo y gozar de los derechos congruentes para realizar esta misión" (Normae quaedam... Introductio. Principia. III, pág. 10).

Debe esta Universidad mantenerse en continuo proceso de vitalización en sus enseñanzas e investigaciones.

La dialéctica de encarnación debe ser ley de vida para este centro de estudios superiores, comprometido como está para el pleno cumplimiento de su misión, no solamente con la sociedad en que se arraiga, sino también con la Iglesia; la cual espera de sus maestros, y de sus alumnos de hoy, que son los hombres del mañana, luz humana y cristiana para estos momentos tan críticos de nuestra historia.

A todos, mis queridos amigos, mi cordial saludo. A todos, y en especial a vosotros, mi querido Claustro de Profesores, mi acción de gracias.

Vuestra labor "exige esfuerzo y sacrificio, lealtad y coherencia", acaba de decir el Papa. Es verdad. La gracia de lo Alto no os faltará; y tampoco, en cuanto en su mano esté, la ayuda, la comprensión y la colaboración de la Compañía de Jesús. Os lo repito: Gracias y ADELANTE.

Viaje a España:

LA COMPAÑIA EN EL MUNDO DE HOY

(Sevilla, mayo 1970)

1. INTRODUCCION: LA "CRISIS"

La crisis ambiental por la que pasamos llega en algunos casos a formularse para el jesuita como una angustiante pregunta. ¿Qué somos? ¿Qué podemos ser? ¿Qué debemos ser hoy los jesuitas? Sin tener una cierta respuesta a estas preguntas, cómo seguir adelante? ¿Cómo llevar a cabo una vida difícil, que exige sacrificios? ¿Cómo iluminar las mil opciones concretas que en nuestra vida privada y comunitaria, de formación, de apostolado, se nos plantean? Es bien claro que el fin es el que se nos oscurece, ¿será extraño que no acertemos con los medios?

Esta situación de espíritu, en la medida en que realmente se da, tendrá evidentemente una parte importante en la disminución del número de aquellos que hoy busquen unir su suerte a la nuestra, dando su nombre a la Compañía. Porque una duda sobre la propia identidad se trasluce pronto. Repercute, además, del modo más directo en el entusiasmo que uno pueda mostrar por la propia vocación, en el modo de hablar de ella... Quizá fuimos en el pasado excesivamente entusiastas, quizá algo proselitistas. Hoy nos vamos con frecuencia al extremo opuesto; y en ello influye, sin duda, la situación interna de incertidumbre que haya llegado a afectar nuestra convicción del sentido y valor de la ruta que hemos elegido.

Antes de seguir adelante, quizá no sea inoportuno que pongamos un cierto interrogante marginal a lo dicho. ¿De verdad dudamos de quiénes somos? ¿No vemos nada claro sobre qué podemos y debemos ser hoy? El exagerar la situación de crisis no es justo y nos haría innecesariamente difícil el problema. Podría, incluso, ser una evasión elegante de las tareas, a veces tan duras y exigentes, que tenemos emprendidas. Podría además desarrollarse en una